

bien à entender el siguiente caso. Hervia la caldera de la leña en vna de las ocasiones, en que los Novicios (como arriba dixè) lavaban las ropas de los Religiosos. Y por casualidad, ò industria, el Maestro dexò caer en la caldera vn paño, que se fuè à lo hondo luego como se penetrò del agua. Con esta ocasion llamó à Capistrano, y à vista de los demás le mandò sacar el paño, entrando el brazo desnudo en la leña hirviendo. No bien hubo intimado el mandato, quando el fervoroso, y rëndido Novicio le puso puntualmente en execucion, sin recibir lesion alguna, y quedando, à fuer de verdadero obediente, con tanta sanidad en el brazo, como en el animo.

En este, y semejantes casos, de que en Historias Eclesiasticas son frequentes los exemplos; así como no debe la prudencia formar de ellos norma, para dirigir, y regular las operaciones comunes; así no debe la impiedad, ò la malicia condenar; ni al Superior que manda, ni al inferior que obedece. Cierro es, que en el presente caso, el constante credito de virtuoso en el Maestro, y el milagroso efecto en el Novicio, es mas que sobrado fundamento para que crea la piedad aver governado toda la accion el especial influxo del Espiritu Santo.

En fin, como el Maestro era de Espiritu austerissimo, y por otra parte tenia bien tanteadas las fuerças de su Novicio, no le ataba, antes le dexaba sueltas las manos, para que con todas las armas de exercicios penales hiziesse guerra à las insolentes rebeldias de la naturaleza, hasta rendirlas à las justas leyes de la razon. En los ayunos, empero, tocò tanto el extremo del rigor, que postradas las fuerças del cuerpo, huvieron de ceder à la debilidad: con que fuè neces-

sario llevarle à la Enfermeria. El Guardian, conociendo, que el origen de la enfermedad era el extremo de la abstinençia, le mandò prudentemente que la mitigasse, observando con discrecion en la comida vna moderada templança; tal, que ni el apetito quedasse contento, ni descontenta la necesidad. Obedeciò puntual Capistrano; y se hallò por la obediencia mejorado en meritos, y en fuerças: en estas, porque se reparò la naturaleza cò el alimento suficiente; y en aquellos, porque añadió nuevos quilates al sacrificio de su mortificacion con el rendimiento de la obediencia. Condenando este caso, como condena, con la voz de tan clarissimo exemplar, los apegos voluntarios de personas espirituales, à exercicios de penitencias nimias, yo no sè que Circe tienen en su propia voluntad, que así las encanta, para que oponiendose à dictámenes, y aun à mandatos expressos de sus Prelados, se mantienen en ellas. Afean, y desordenan tales personas con este vituperable teson de su capricho, toda la hermosura, y concertada harmonia de la perfeccion Christiana; haziendo fin de lo que debe ser medio: y desaviadas del camino real de la humildad, y obediencia à los Superiores, siguen su propio Espiritu, que por mil intrincados rodeos las fatiga, y las pierde: yà porque las dexa en manos de vergonzosas liviandades, y relaxaciones, à que se entregan de cançadas: yà porque las conduce al precipicio de vna oculta, y luciferina soberbia, en que se despeñan de ilusas.

Reparadas, en fin, las fuerças del cuerpo, y acrecentadas las del Espiritu, salió Capistrano de la Enfermeria à proseguir con nuevos fervores los empleos de Novicio. Procurò informarse esmeradamente aun de los mas leves apices de las Rubricas, y

Ce-

Ceremonias del Oficio Divino; y de todas las costumbres, y observancias de nuestra Sagrada Religion: de estas, para conservar con la puntual guarda, y practica de ellas, la belleza, y la hermosura de la conversacion Religiosa: de aquellas, para pagar à Dios N.S. con el debido culto sus alabanzas. En los oficios baxos, y penosos, trazaba con tanta ingeniosidad, ò ser solo, ò primero; ganando à sus compañeros la mano: porque vnicamente para el abatimiento juzgò tener derecho de preferencia. A los enfermos, servia con fervorosa misericordia, y apacible benignidad, sollicitando, que à lo menos en el agrado de su semblante hallasse remedio la dolencia de los pacientes: pues no pocas vezes encuentran estos la salud, mas en el coraçon del Enfermero, que en las recetas del Medico.

CAPITULO VIII.

VENCESAN JUAN DE CAPISTRANO
al demonio en vn formidable conflicto: y
haze con singular Espiritu su
Profesion.

Al passo que la variedad hermosa de las virtudes referidas hazian à Capistrano muy amable en los ojos de Dios, y de la Religion: en los del demonio, y del infierno, le hazian sumamente aborrecible. No pudiendo yà sufrir este mortal enemigo de los hombres el rabioso corage de la embidia, que le mordía las entrañas; resolvió vengarse del bendito Novicio, derrocando (si pudiesse tanto) con las maquinas de su astucia tan solidos fundamentos de perfeccion Christiana. Aviale infidiado los pasos para perderle con ocultos lazos de sugestiones: y viendo que con ellos no solo no le detenía, sino que él mismo se enredaba; arrojò la mascara, y

presentò batalla à rostro descubierta. Oraba vna noche Capistrano delante del Santissimo Sacramento, como lo tenia de costumbre, repassando en amargura de coraçon el perdido tiempo, que robandole à Dios, aviado dado à la vanidad en la vida del siglo. Con la viveza, y Espiritu, que alentaba estas consideraciones, comenzó su coraçon à arder en el fuego de aquella ira, que es toda virtud en los Santos; y con ansias de vengarle de sí mismo, para desenojar en parte al Señor, desfogò sus fervores con los atrozes golpes de vna sangrienta; y desapiadada disciplina. El estremendo de los azotes hizo estremecer al infierno; y fuè lo mismo para Luzifer; que tocarle à batalla, y hazer señal de embestir. Saliò este Dragon horrible mas arrogante, que poderoso, y poniendose visble delante de Capistrano, pretendia aterrarle con formidables silvos, y tortuosos movimientos; arrojando llamas de fuego, y de corage por ojos, y boca.

Capistrano entonces con invencible valor, sin dexar el puesto, ni mover vn pie atrás, revestido de la virtud, y fortaleza Divina, le dixo: Be-

33 tia fiera, Dragon horrible, sabe que
33 con la gracia, y proteccion de mi
33 Dios, que me conforta, ni hago
33 aprecio de tus amenazas, ni me ef-
33 pantan tus braburas. Menos son
33 contra mí tus fuerças, que las de
33 vna debil hormiga; porque como à
33 maldito, y rabioso perro las tiene
33 atadas el poder supremo de Dios.
33 Si su Providencia, dandoles solu-
33 ra, dispone, que me acometas, no
33 te detengas, maldito, veni: que aquí
33 te aguardo à pie firme, para que me
33 sirvas de verdugo en la justicia, que
33 defeo hazer en mí; por las muchas
33 culpas con que ofendi locamente à
33 la Magestad Suprema. Dicho esto el
33 Santo, proseguió su disciplina con más
33 alen-

Videatur
D. Hieron.
in Vit. PP.
lib. 4. de
Laud. Viri.
cap. 3.

alentado fervor, que al principio, hasta acabar de tezar enteramente los Plalmos Penitenciales. No pudo la soberbia del demonio mantenerse en el combate; à vista de tan invencible resistencia: y bolviendo despechadamente las espaldas, huyò al infierno entre espesos humos, y formidables ahullidos. Capistrano, convertido de coraçon à Dios, reconociendo, que del alto Monte de su Misericordia le avia venido el auxilio, le conflagrò todos los despojos del triunfo, con fervoroso, y rendido hazimiento de gracias.

Con estos, y otros heroicos exercicios llenò el bendito Novicio el año de su probacion: y estando yà proximo a professar: se preparò para este grande acto con vna confesion general, en que acusò, y llorò con animo contrario aun los mas leves deflizes de su vida pasada. Mal satisfecho con esta diligencia, obtuvo especial beneplacito de su Maestro. parà prevenirse à recibir el Santissimo Sacramento del Altar, con vn ayuno riguroso de tres dias. En estos, negando al cuerpo los grosseros alimentos de la tierra, cuidò de sustentarse con la palabra de la boca de Dios, à que atendia continuamente en la quietud silenciosa de su recogimiento. Al fin de los tres dias recibió el Pan de los Angeles, con los afectos, y efectos, que se dexan discurrir de tal preparacion. Cumplido, en fin, el año del Noviciado, fuè admitido à la profesion solemne con mucho consuelo de su espíritu, y universal regozijo de los Religiosos; que todos se daban reciprocos parabienes de tener yà en la Religion por Compañero vn hombre verdaderamente embiado de Dios: hombre, que tenia por nombre Juan, y que aun en los rudimentos de Novicio dexò perficionadas hazañas, y virtudes de Varon perfecto,

CAPITULO IX.

*MYSTERIDADES, PENITENCIAS,
y exercicios devotos, que desde su Profesion observò San Juan de Capistrano
por todo el discurso de
su vida.*

Aunque entre las dos mortificaciones interior, y exterior, que conócè, y distingue la Mystica; à la interior como mas noble, y del todo preciosa; por emplearse en corregir las pasiones, y afectos del Alma, se le deba la preferencia: todavia la mortificacion exterior, y activa, es digna de mucho aprecio; como tan util, y necesaria para el logro de santos, y heroicos fines en el camino de la vida espiritual. Domase con ella la brutalidad del cuerpo, sujetandole à las rectas leyes de la razon: y si no arranca del todo, por lo menos corta muy de raiz la maleza de varios apetitos, que continuamente brotan en la tierra viciada de la naturaleza, entre los quales se ahoga, y se pierde la buena semilla de la gracia. Fuera de esto, con el castigo del cuerpo se espiritualiza mas todo el hombre: porque se purifica de la escoria de las inclinaciones terrenas, y queda aligerado para seguir sin tardança los impulsos del espíritu. Despejase tambien el entendimiento de los humos, que levantan el tizon de la concupiscencia; y aclarados los ojos de la razon, percibe sin embarazo las verdades, è ilustraciones de la Soberana Luz. Siguese à esto casi inevitablemente, fomentarse en la voluntad el fuego del Amor Divino, que nunca dize, basta; y siempre arde en nuevos deseos de dar testimonio de la verdad de sus finezas con las penas de Alma, y cuerpo; à que aspira, para transformarse toda en su Amado por la imitacion. Por

Todas estas razones es apreciable la mortificacion penal: y no tengo por castiza la virtud, que no vive atormentada en el potro de sus descos; quando el superior impulso de la obediencia no permite, que se pongan en practica. Verdad sea, que para el vso fructuoso de exercicios penales, es menester que la prudencia de los Maestros, y Directores Mysticos, no dexè la rienda de la mano para largarla, è tirarla al Discipulo, segun que pida todo el conjunto de las circunstancias: observando con atenta discrecion las fuerças, y robustez del cuerpo, y mas principalmente el estado del Alma, y los movimientos del espíritu. Qualquier extremo en este punto puede ser muy perjudicial; yà sea que con nimio temor, y prudencia, demasadamente humana, se atren à las Almas los buelos, impidiendo, que se remonten à la esphera de virtudes heroicas; yà que con precipitada inconsideracion se les dexè la rienda suelta para excesivas penitencias; que à las vezes, apurando las fuerças del cuerpo, no tienen otro fruto, que vna perpetua relaxacion, è vna refinada sobervia, con que en sus Comunidades, ó Familias, sobre poco exemplares, se hazen inutiles, y gravosas. Yà estamos en tiempo, que la necesidad de inculcar esta doctrina, dispensa lo prolixo de vna; ò otra mystica digression.

En San Juan de Capistrano no tuvieron riesgo, y fueron de mucho fruto los exercicios penales de rigurosas mortificaciones, con que siguiendo los impulsos extraordinarios de su elevado espíritu, desahogaba sus fervores, encontrando en el milmo defahogo nuevo fomento del incendio, que le abraçaba. Haziafe cargo de la perfeccion, à que le compelia el estado de Religioso, y Religioso Menor; y azorado con esta debida consi-

deracion, soltò todos los diques à sus repretados fervores, para macerar su carne. Siendo tales, y tantas las austeridades, que prescribe nuestra Seraphica, y Evangelica Regla, se abultò à ellas puntualmente en su rigor literal por todo el discurso de su vida, sin admitir la mas leve dispensacion; sino ès rara vez, que doblò su santo teson lo imposibilitado de la naturaleza, è lo urgente de la caridad. Poco satisfecha la generosa hydropesia de sus fervores con los rigores de la Regla, añadió otros muchos, à que no podian llegar las fuerças de la naturaleza, no estando prevenidas, y auxiliadas de los invencibles esfuerzos de la gracia.

En sus Abitos nunca buscò color; ni calor sino decencia, y desprecio. A este fin usaba siempre los Abitos mas grosseros, pobres, y desechados: procurando fuesen tales, que cubriendò la desnudez, mortificassen al cuerpo, y à la vanidad. En los siete años primeros, despues de su predicacion, anduvo enteramente descalço, sin el vso permitido de las sandalias. Fuè en el Santo muy penosa esta mortificacion; por los muchos, y largos viages, que hizo à pie en aquellos siete años; siendo inevitable herirle muchas vezes sus desnudas plantas; en vnos terrenos, con las puntas de las espinas, y abrojos; en otros, con la aspereza, y desigualdad de las piedras. Despues, precisado de la obediencia, vso de las sandalias hasta el fin de su vida: pero no de calçado; ni otò algun reparo contra los rigores del frio.

Sus ayunos no se cuentan por dias, ni por semanas, ni por meses, ni aun por años; sino por largos años. En los treinta y seis primeros que vivió en la Orden, se abstuvo del alimento de las carnes: y muchos dias se passaban enteros sin gustar refleccion alguna de la tierra; manteniendose sola-

mente, ò con el pan de sus lágrimas, llorando propias, y ajenas culpas; ò con el Mann escóndido de la dulçura, y conlacion Divina. No les pareció à los Prelados conveniente este extremo de abstinencia, y mediaron con prudencia, que tomasse vna refeccion, à lo menos, en el día. Como el Santo esfabá tan ilustrado de la Divina Luz, para la perfecta práctica de las virtudes, y conoçia despejadamente, que su abstinencia fuera al gusto de Dios menos sabrosa, si se hallara sabor de propia voluntad en ella. Por esto dobló con facilidad el espíritu de su fervor al dictamen de la obediencia; y entrando con los demás Religiosos en el Refectorio, tomaba solamente vna escasa refeccion de pan, y agua, observando con todo rigor el ayuno hasta el día siguiente.

Esta rigida abstinencia, que continuó casi hasta la muerte, era fructuosa no solo para él, por lo que lo graba de merito; sino tambien para los pobres, à quienes hazia limosna con la quotidiana pitança, que le daba la Comunidad. Para el exercicio de esta misericordia, avia obtenido de los Superiores bendicion, y licencias con lo qual evitó la nota de propietario, y cerró la boca à la emulacion, y al escrupulo. No se fiaba de agena mano para la distribucion de esta limosna, y la executaba por sí, exercitando de vna vez muchas virtudes: la abstinencia, y mortificacion, quitando al cuerpo, y al gusto el sabor, y el alimento: la misericordia, socorriendo la necesidad del pobre: la obediencia, ni velando su voluntad por los ordenes, y dictamen de sus Prelados: y finalmente, la Fè, y Esperança, arrojando sus pensamientos en sola la Divina Providencia. Quando daba la limosna, solia dezir alentadamente: *Si paucis, paucas; si multis damus, multa habebimus bonas; Si con los pobres somos es-*

cafos, no nos faltará miseria: si largos, y liberales, logriaremos abundancia. Yo no dudo, que si con firme Fe se practica en los tiempos presentes este arbitrio, no llegarían muchos à experimentar tan extremada penuria.

Las vigiliás de Capistrano eran à la medida de sus ayunos; y el sueño à la proporcion de la comida. Dormia regularmente tres horas, y à veces no mas que dos; y siempre, ò sobre la tierra, ò sobre la desnuda tabla de su tarima. Quando, por hazer camino, se veia precisado à hospedarse en las casas de los Seglares; tomaba el sueño en el suelo, y despues deçoponia decentemente la cama prevenida; cubriendo con tan santa cautela su mortificacion. Si el cuerpo, fatigado de las continuas vigiliás, caminos, y ocupaciones, se rendia, ò inclinaba à mas sueño; que el tassado de las tres horas; le sacudia alentadamente con los golpes atrozes de la disciplina. Esta siempre fué de sangre, y de todos los días; y aun al día solia repetirla muchas vezes; segun los impulsos del espíritu, ò las necesidades de su Alma. El silicio, de que vsaba, era muy aspero, y riguroso; y sin intermision alguna le traxo à raiz de las carnes hasta que murió. Este rigor de penitencias, vigiliás, y ayunos, le reduxo à tan extremada flaqueza, que vn Historiador de su tiempo afirma, como testigo de vista, parecer el Santo vn esqueleto con Alma; cuyo penitente aspecto movia los coraçones mas duros à compuncion, y penitencia.

Como el sueño era tan escaso, le quedaba largo tiempo para los exercicios de la Oracion Mental, y Vocal. En esta se estendia tanto, que sobre el Oficio Divino de obligacion, añadia por devocion todos los dias el Oficio Parvo de N. Señora: el de Difuntos; los Psalmos Penitenciales, y otras Oraciones

Joannis Capistrani. Somno minimum indulserit... Sic homo quasi cum lestem vitam in terris agebat immaculatam; absque sordibus, absque peccato: quem pusillum corpore Vienna vidimus, annos (ut ipse aiebat) quattuordecim, et sexaginta habentem, siccum, aridum, exbauissimum, sola cure, necis, et estibus contentum. Aneas Silv. Hist. Bohem.

piadosas. Observaba estos exercicios con empeño tan indispensable, que si alguna vez el tropel, y duracion de los negocios tan muchos, y tan arduos, como se fiaban à su cuidado, le quitaba el tiempo para el cumplimiento de ellos; lo resarcia en otros días, en que las ocupaciones le daban algunas treguas. Siempre que estaba en los Conventos, aun quando en su ancianidad se hallaba cargado de achaques, y dependencias, asistia con la Comunidad à los Maytines à la media noche. En sus enfermedades rara vez admitió, ni medicamento, ni alivio, sino quando las fuerças de la obediencia doblaron el teson de su austeridad.

Esta serie de vida rigurosa, continuada, sin blandearse, por quarenta cabales años, siempre fuera admirable aun en sujeto; que la practicasse en las soledades de vn desierto; ò en los retiros del Claustro; sin mas dependencia, que el sequito, y puntual asistencia à los años de Comunidad: pero las circunstancias en que, y con que la observó San Juan de Capistrano, la elevan à vna esfera tan remontada, que se levanta aun mas allá de la admiracion. Desde que el Santo comenzó à alumbrar al mundo con las luzes de su predicacion, y doctrina, apenas tuvo dia cabal en que gozasse del amable retiro de la Celda. Los negocios, que le fió la Silla Apostolica; las empresas; en que le empeñó su zelo; los cargos, en que le puso la Religion; le traian en continuo movimiento. Sus caminos, aun resumidos à la pluma, parecen largos. Peregrinó gran parte de mundo por los Reynos, Provincias, y Ciudades de Francia, Saboya, Florencia, Milán, Napoles, Sicilia, Genova, Venecia, Chipre, Palestina, Alemania, Bohemia, Polonia, y Hungria. En todas estas

partes llenaba los días, y las noches; ò confundiendo los vicios en los Palpitos, ò absolviendo pecadores en los Confessionarios; ò confundiendo heregias con la voz en las Cathedralas, y con la pluma en los libros; ò pregonando la gloria del Dulcissimo Nombre de Jesus en las calles; ò apagando sediciones civiles en las plazas; ò tratandò pazes en los Palacios; ò refrenando abusos en la Religion; ò condenando Judios, y Hereges en los Tribunales; ò venciendo, y derrotando Turcos en los Exercitos; ò escribiendo cartas à Pontifices, Reyes, y Cardenales à todas horas. Y que entre tantos, y tan varios tropeses de ocupaciones; con tantas molestias de caminos, en tantos desvelos de cuidados; no dexó al cuerpo para el descanso más que tres horas de sueño sobre la tierra; ò sobre vna tabla desnuda; ni para el alimento más, que vna escasa refeccion de pan, y agua; y que sobre todo esto, le atormentaba el silicio; le quebrante con el ayoro; y no desconcierte la armonia de los demás exercicios de penalidad, y devocion! Formen mis Lectores el juicio que quisieren; que yo siempre diré ser San Juan de Capistrano vno de los grandes prodigios del Poder Divino; que à vn tiempo mismo acusa nuestra floxedad, y tibieza, y descubre à Dios maravilloso en sus Santos.



CAPITULO X.

PRIMEROS EMPLEOS DE SAN

Juan de Capistrano en la Orden: da principio al estudio de la Sagrada Theologia, debajo del Magisterio de San Bernardino de Sena.

Menos agradables se dexaron ver las penales mortificaciones de San Juan de Capistrano (que en el Capitulo antecedente quedaron referidas) si la humildad, y afabilidad de su trato no las diera nuevo lustre, y esplendor; con que las hazia no solo admirables, sino hermosas, y bien vistas. Con este conocimiento juzgaron por conveniente los Prelados ocuparle en el exercicio de predicar limosna, para que pagasse de contado la misericordia de los Bienhechores con la moneda de buenos exemplos. Empleose algun tiempo en este exercicio de Limosnero (cuya penalidad solo fabrica sentir quien se supiere avergonçar) con que se zahijò mucho en la humildad, y desprecio propio por la materia, que para todo le daba la particular circunstancia de aver antes sido sujerito de tanta estimacion en la Ciudad. Pasmaban los Moradores de ella viendo la modesta alegría con que llevaba sobre sus ombros la alforja del pan, el que se acababa de descargar del apetecible peso de las honras, y gobierno del Reyno. La palidez penitente de su rostro, la compostura mortificada de sus ojos, la gravedad modesta de sus passos, la soavidad circunspecta de sus palabras: humildes sin afectacion, sumissas sin hazafia, discretas, y edificativas, con despejo, y sin vanidad; formaban vna suavissima cadena de oro, con que llevaba tras si los corazones de quantos le trataban.

Prendados los Religiosos de tan santos procederes, y por gozar el fruto de ellos en su conversacion amable, sollicitaban à porfia, llevarle por compañero, quando salian de casa. Mortificabase el Santo; por que le tiraban al retro, aquellas delicias, que se experimentan en el silencio de la soledad, pero con apacible mansedumbre, y afabilidad humilde, antepopia al gusto, y consolacion de sus Hermanos, à su conveniencia propia; dexando enseñado con esto, que no es lo mismo ser abstraído, que intratable; y que mas de vna vez le esconden las indignidades del genio poco mortificado entre afectados pretexros de retiro.

Viendo los Prelados la universal acceptacion, que tenian para con todo genero de gentes, las virtudes, y buenos exemplos del Siervo de Dios; y que estos, mancomunados con las letras Divinas, podian producir maravillosos frutos en beneficio, y utilidad de las Almas; trataron de aplicarle al estudio de la Sagrada Theologia. Hallabase à la sazón regentando la Cathedra de ella el glorioso S. Bernardino de Sena, y le dieron por Discipulo, entre los demàs à N. S. Juan de Capistrano. Suerte feliz de Discipulo! Pues no se debe negar ser teforo escondido vn Maestro docto, y santo; y que los q. llegaron à descubrirle, y à gozarle, deben tenerse por muchas vezes dichosos. En este juicio parece estaba Phelepe de Macedonia, quando dixo al gran Aristoteles (con razon, ó con lisonja) no ser tan de su aprecio la dicha de tener vn Alexandro, por Hijo, como la de tener vn Hijo Discipulo de Aristoteles. Y sin embargo de esto, considerando à Capistrano Discipulo de Bernardino; y à Bernardino Maestro de Capistrano; no se que gloria celebre mas: la de Bernardino con tal Discipulo; ó la de Capistrano con tal

Maest-

CAPITULO XI.

CIENCIA INFUSA DE LAS DIVINAS LETRAS, que comunicò Maria Santissima à San Juan de Capistrano en vna Celestial Vision.

Engañanse mucho, los que para hazerle doctos en la ciencia de las Divinas letras, se entregan sin medida à las afanosas tareas de los libros, hasta abandonar los exercicios santos de la devocion con el aparente pretexto de ganar mas tiempo para el estudio. Doctos fueron, y eruditos los Gregorios, los Agustinos, los Geronimos, los Buenaventuras, los Thomas, y otros innumerables Doctores, y Padres de la Santa Iglesia: y de todos ellos sabemos, que para llegar mas breve, y seguramente al templo de la Sabiduria, tomaron el atajo por las sendas de la piedad. San Juan de Capistrano, siguiendo las acertadas huellas de tantos, y tan santos exemplares, hazia Aula del Oratorio; y de la Oracion, Estudio: con que lograba el tiempo en los libros con admirables progressos. Mas aunque era mucho lo que aprovechaba por estos medios, todavia se hallaba sediento de nuevas, y mayores inteligencias de las Divinas perfecciones; porque como verdadero Amante de Dios anhelaba fomentar el incendio de la voluntad con las mayores luzes del entendimiento. Para conseguir su pretension, velaba continuamente à las puertas de Maria Santissima Señora nuestra; y haziendola cargo de que llama su Magestad à los pequenuelos, y humildes al combite de la Sabiduria, en que les tiene puesta la mesa, y preparada la comida; que no le excluyesse, por indigno, de favor tan soberano.

Maestro. Lo cierto es, que aviendo de recibir Capistrano, como Hijo, y comunicar Bernardino, como Padre, la perfeccion de la Divina Sabiduria, parece, que ni este pudo hallar termino mas adequado, y capaz, que como Hijo la recibiese; ni Capistrano principio mas bueno, y fecundo, que como Padre se la comunicasse. De tal fuente, pues, bebiò Capistrano las aguas de su doctrina: como no avia de ser toda pura? En la llama de tal antorcha encendiò sus luzes: como no avian de ser ardientes? A los rayos de tanto Sol matizò su Alma con los varios colores de las virtudes: como no avia de ser toda hermosa? Feliz Capistrano, que logró el cultivo del Labrador tan diestro, y tan santo! Dichoso Bernardino, que coronò de frutos de ciento por vno los afanes de su labor con la grata fecundidad de tan maravilloso terreno. Fue por vltimo San Bernardino Maestro de Capistrano en letras, y virtudes: instruale el entendimiento, y gobernabale el espiritu: en este le daba lecciones practicas con el exercicio de virtudes heroicas; en aquel le enriquecia de noticias, comunicandole sin embidia el tesoro de la Divina ciencia. Los progressos, que en ella hazia Capistrano, no tienen facil explicacion; y basta dezir, que su Santo Maestro los admiraba, diciendo: *In quo alter die, nocteque vigilans, laborat; Ioannes apprehendit: Juan aprende durmiendo, lo que apenas otro sabe de dia, y de noche volando.* Esta sencilla expresion, que en Maestro menos libre de achaques humanos pudiera passar por hyperbole, ó encarecimiento de la passion al Discipulo: llegó à ser Oraculo, y Profecia, segun se dexarà ver en el

el Capitulo siguiente.

(?)

Entre sus afanes se rindiò à vn apacible sueño; y compadecida de sus humildes ansias la Madre de las misericordias, se le apareció cercada de vn globo de resplandecientes luzes. Traia en la mano vna copa, ò vaso de finísima plata, y en el vn licor de aquella Celestial dulçura, que ninguno conoce, sino el que la recibe. Aplicò con inefable benignidad el vaso à los labios del humilde Siervo, para que en el Divino Nectar, que le brindaba, bebiesse el Dón de la Sabiduría. Capistrano entonces, como sediento Ciervo, que se arroja à las fuentes de las aguas; y venciendo con el amor confiado de Hijo los temerosos encogimientos de Siervo, bebió à toda satisfacción, hasta apurar el vaso. Con esto desapareció la Immaculada Reyna, dexando la Alma de su Siervo rebofando en Celestiales delicias. La superabundancia de ellas desterrò de sus ojos el sueño; y al despertar entre fabrosas admiraciones, como otro Jacob, hallò ilustrado su entendimiento con las clarísimas inteligencias de los mas profundos Mysterios de las Santas Escrituras. Cumplióse de esta manera, en todo rigor de verdad, lo que del Estudio de Capistrano avia dicho su Maestro San Bernardino: Mas aprende Juan durmiendo, que otros continuamente velando. Pero què mucho que hiziesse à todos en letras tan admirables ventajas, si le dieron bebida la ciencia!

Yà desde este dia, sin dexar la veneracion, ni el nombre de Discipulo, creció à ser Compañero de su Santo Maestro; y como dos Antorchas, que aviendose encendido la vna en la otra, luego arden, y alumbran igualmente el Templo, colocadas en el Altar sobre candeleros dorados: así estos dos portentosos Heroes; estas dos Mysticas Antorchas, aviendo primero la vna comunicado su llama, y

su luz à la otra, comenzaron à arder; y luzir con igualdad, colocada cada vna sobre su candelero de oro en el Altar, y Templo de la Catolica Iglesia. Fuè tan copiosa la Sabiduria, que Maria Santísima comunicò à su Siervo en el favor referido; que desde luego empezó à predicar à los Pueblos, à confutar heregias, à escribir varios, y graves Tratados, y todo con el acierto, y frutos portentosos, que se iràn descubriendo en el dilatado campo de su vida.

Los Tratados que escribió (segun el Catalogo, que de ellos haze N. Ilustre Wadingo en el Tomo de Scripturis Ordinis Minorum) son los siguientes.

1. De Elezione Papae.
2. De Dignitate Ecclesiae.
3. Contra Hussitas Liber vnus.
4. De Auctoritate Papae, & Concilij.
5. De Religione.
6. De Sanguine Christi.
7. De Paupertate Christi.
8. De Casibus Papae excoisati.
9. De Modo, & forma executionis testamenti.
10. De Instrukcione simplicium Sacerdotum.
11. Speculum Clericorum.
12. Defensorium Tertij Ordinis, à S. Francisco Instituti.
13. De Excommunicationibus, ipso Iure latis.
14. De Vsu cuiuscumque Ornatus.
15. De Ornatu Mulierum.
16. De Matrimonio.
17. De Excommunicatione.
18. De Canone Penitentiali.
19. Speculum Conscientiae.
20. De Iudicio Vniuersali, & Anti-Christo, ac de Bello Spirituali.
21. De Vsuris, & contractibus.
22. De Blasphemia, & Periuicio.
23. De Restitutionibus, & Contractibus.
24. De Confessione facienda Proprio Sacerdote.

25. De

25. De Censuris.
 26. De Casibus, & penis iniungendis.
 27. De Penis Inferni, & Purgatorij.
 28. De Cupiditate, & Avaritia Libri tres.
 29. De Passione Domini.
 30. De Profectione Spiritus Sancti.
 31. De Conceptione Beatissime Mariae Virginis.
 32. Commentarium in Regulam Minorum.
 33. Tractatus contra Philipum Berbegalum.
 34. Tractatus contra Rochizanam.
 35. Tractatus, seu concionatorie Expositiones super illud Isai. cap. 7. Ecce Virgo concipiet.
 36. Liber, cui titulus: Interrogatorium.
 37. Liber alter de Casibus Conscientiae.
 38. Tractatus contra Iudeos, & Hereticos.
 39. Tractatus, cui titulus: Canones, extracti de corpore Iuris.
 40. Compendium resolutionum super totum corpus Decretalium.
 41. Quaestio: An omne mendacium sit peccatum?
 42. Tractatus super Apocalypsim.
 43. Sermones Dominicales, & Festiui.
 44. Animadversiones circa Sacrosanctum Missae Sacrificium.
 45. Tractatus, sive Sermo ad Studentes.
 46. Epistole multa ad Summos Pontifices, Cardinales, Ecclesiarum Antistes, Reges, & Principes, aliasque Personas.
- De todos estos Tratados, son los menos los que, ó por la pobreza, ó por la floxedad de nuestra Orden, han visto la luz de la Prensa; y los mas de ellos, ò casi todos se guardan originales en el Archivo del Convento de Capistrano.
- Alphonso Ciccarelo, que diò en la flaqueza de manchar con errores, y mentiras, las obras de los mas puros, y fieles Escritores, prohibió à nuestro

Santo muchos partos (mejor los llamare abortos) de su malicia; y fueron los siguientes:

1. De Originibus Urbium, Civitatum, & oppidorum totius mundi.
2. De Archiepiscopatibus, & Episcopatibus.
3. De Origine Religionum Militarium.
4. De vera Donatione Constantini Imperatoris.
5. De Vitiis Sanctorum, & rebus Ecclesiae.

Escurato Gregorio XIII. la descarada temeridad de este Autor con sentencia capital à la medida de su culpa. Y aunque este publico castigo fue eloquente Apologia à favor de Capistrano; quiso con todo esto hazer patente su innocencia Leon Alacio en vn doctísimo Manifesto, que diò à luz el año de 1642. Verdad es, que para descubrir tan desatentada impostura; està demás qualquiera diligencia; pues solo con la de leer vnos; y otros libros, se echaria de ver en ellos la diferencia misma; que entre luzes, y tinieblas.

Los escritos, pues, del Santo estàn llenos de gravísima doctrina, apoyada toda con irrefragables testimonios de las Sagradas Escrituras, Concilios, Santos Padres, y de vno, y otro Derecho Civil, y Canonico, en que (como ya dexamos dicho en el principio de su vida) fue eminentísimo. Viendo los hombres mas doctos de su edad la propiedad ajustada, la claridad concisa, y la afluencia de erudicion, con que exponía las Santas Escrituras, pasaban admirados, y se persuadian à que su ciencia mas era iniñda, y baxada de los Cielos, que adquirida en los libros con estudiosas tareas.

CA

CAPITULO XII.

COMIENZAS *JUAN DE CAPISTRANO*
à predicar la palabra Divina con maravillosos aplausos: Ordenase de Sacerdote; y coge en el Confessionario con larga mano los frutos de su predicacion Apostolica.

Sunt, quorum fructus, quia nimis prope re, minus profere ornantur
Serm. de S. Benedicto.

DEzia el Padre San Bernardo con igual verdad, y gracia, ser algunos espíritus visos, como los arboles tempranos; pues adelantandose à florecer con el anhelo intempestivo de fructificar; perecen à manos de vn cierto furioso; y caidas en tierra sus deshojadas flores, dexan à los campos tantas lastimas como escarmientos. Asegurate de tan fatal peligro el que bien radicado en humildad, y desconfiado de si, se dexa todo rendido en el arbitrio de la obediencia; porque siempre corrieron à cuenta de la Providencia Divina la seguridad, y acierto de los verdaderos humildes, y obedientes. Como tal, no tenia Capistrano mas arbitrio, que el de su Maestro San Bernardino; y viendo este ya en el espíritu de su Discipulo vn Castillo inexpugnable, guarnecido como Torre de David con mil escudos de virtudes, y letras, y con todas las armas de los Fuertes, para hazer guerra à los vicios: no le pareció conveniente, que gastasse mas tiempo en los estudios; por cuya razon determinò, que desde luego presentasse la batalla al demonio, dando principio à la Predicacion Evangelica. Junto se à la determinacion del Santo Maestro el precepto de los Superiores; que bien informados de los singulares talentos de Capistrano, con que le avia enriquecido el Cielo, no quisieron, que su humildad los escondiese debaxo de la tierra. Asegurado ya el rendido subdito con las dos principa-

les virtudes, de obediencia, y humildad, vasas firmísimas de la perfeccion Christiana, diò todo el corriente à las caudalosas avenidas de la caridad, que tanto tiempo avian estado repressadas en su coraçon.

La nobilísima Ciudad de Sena fuè entre todas la feliz Campaña, donde primero resonaron las alentadas voces de este nuevo clarín del Evangelio. Comovieron sus clamorosos ecos los animos de los Ciudadanos de tal suerte, que aun en los primeros Sermones ya le seguian innumerables Auditorios. Ni esto se debe estrañar; porque como la Divina Providencia le avia destinado para especial Obrero de su Viña: le adornó de todas aquellas prendas, que son necesarias, para lograr el cultivo con vsuras. Era su aspecto penitente con agrado; la voz sonora sin aspereza; la accion medida sin afectacion; las voces puras con magestad; la frasse propria con elegancia; las sentencias graves con magisterio. Era en los discursos fundado; en las inectivas vehemente; en las reprehensiones acre; en la persuasiva eficaz; en la explicacion claro; en la erudicion fecundo; en el vío de la Santa Escritura asuente, sencillo, y verdadero. No envilecia los nobles sudores de su predicacion, seriendolos al precio del interés corruptible; ni de la gloria vana de los mundanos aplausos. Daba à su sabiduria el mayor aprecio, y estimacion, quando comunicaba de valde, y sin embidia, lo que avia recibido de gracia. Predicaba con el fin recto, y con la intencion pura de que se restaurasse el grande, è inestimable precio de la Redempcion en las Almas, que voluntariamente se entregan al demonio, por la infame servidumbre de la culpa. Este zelo del bien de las Almas, y del eficaz efecto de la Redempcion,

Redempcion; en todas ellas forjaba en la fragua de su caridad las palabras que despedia, como factas encendidas, con que heria; y abrasaba aun à los coraçones de piedra. Por esta causa eran innumerables las conversiones de grandes pecadores; que cada día se experimentaban; y en la pública confession de sus delitos daban à su fama voces para que estendiesse por toda Italia los créditos del Predicador. Des poblábanse las Ciudades, y Villas comarcanas para oírle; y no bastando los Templos mas capaces à la multitud de los Auditorios, era preciso hazer sus Sermones en las Plazas. Ya llegó tiempo; que aun estas le venian estrechas; y predicaba en los campos à tantos millares de oyentes, que se hiziera increíble, sino lo testificaran visiblemente todos los Historiadores. Quando predicaba en las cercanías, y campos de las Ciudades populosas; avia ocasiones, que se componia el Auditorio de cinquenta mil oyentes. Algunas vezes excedia este número, como diremos mas Adelante; y se hará mas creible, quando se vayan descubriendo los portentosos, y frecuentes milagros, con que la Divina Omnipotencia confirmaba la doctrina de su Siervo.

Avia ya predicado algunos Sermones con la aceptación, y frutos maravillosos, que dexo referidos; y aun no avia recibido el Orden Sagrado del Sacerdocio; con que no podia coger en el Confessionario la cofecha del Pulpito. Servia esto de no pequeño desconuelo à muchos de sus oyentes; porque resueltos à salir del énagolo pantano de las culpas; quisieran que el Santo les diera la mano en el Confessionario con sus instrucciones. Por esta causa determinaron los Prelados, que se ordenasse de Sacerdote; y expusiese de Confessor, venciendo con la obediencia los te-

mores de humilde, que hasta entonces avian sido remora para recibir tan alta dignidad. Y à la verdad no es de admirar que remièsse, trayendo, como irala continuamente à los ojos, el exemplar de N. S. Patriarcha, que aun aviendo sido vn Angel en la pureza; y en el amor vn Serafin, no se atrevió à subir al grado del Sacerdoto, reputandose indigno de él. Mas como siempre sea cierto, que el mismo peso, con que baxa la humildad à su desprecio, la levanta à mayor exaltacion: ascendió la humildad de Capistrano en los brazos de la obediencia al trono de dignidad tan Divina: con que se halló Sacerdote, sin dexar de ser humilde.

Expusole luego de Confessor; y començo à exercitar este dificultoso ministerio, con tanto credito de sus aciertos; que noticiado de ellos el Summo Pontifice Martino V. le diò facultad amplísima para absolver à sus penitentes de todos los casos reservados à los Obispos. Concediòsela por vn *vices vocis oraculo*, que le intimo Jorðan, Obispo Albanense; por sus Letras aqui traducidas: de donde podrá constar, así el aprecio, que desde luego hizo de Capistrano la Silla Apostolica, como la gran fama de su virtud, y sabiduria, aun en los años primeros de su predicacion.

El tenor de las Letras es como se sigue: Jorðan, por la Divina Misericordia Obispo de Albania; Al Religioso Varon Fray Juan de Capistrano, Presbytero Professo de la Orden de los Frayles Menores. El lo lico; cuidado, y los gratos obsequios de tu devocion; con que te aplicas al bien de los Fieles de Christo, y de los pobres, y penitentes, que de todas partes concurren à ti; y cada dia te ocupan: no sin mucha razon estan pidiendo, que se ostente liberal para conigo la

l, largueza de la Silla Apostolica. Mo-
 vido, pues, de esta consideracion,
 y queriendo honrar tu Persona, de
 cuya circunspeccion tenemos en el
 Señor vna llena confianza: con au-
 toridad del Señor Papa, cuya Pe-
 nitenciaría tenemos à nuestro car-
 go; y por su especial, y expreso
 mandato à Nos intimado *vive vocis*
oraculo: cometèmos à tu discrecion
 la licencia, para que así tu, como
 otro, idoneo, y discreto Presbyte-
 ro de la misma Orden, à quien tu
 eligieres solamente, podais oír las
 confesiones de qualesquiera per-
 sonas de vno, y otro sexo, que vi-
 niesen à confesarle, así contigo,
 como con tu Compañero; y las po-
 dais absolver de los cafos, y peca-
 dos reservados à los Obispos, &c.
 Dadas en Roma en onze de Julio
 en el año octavo de Martino Quin-
 to. Consta de la data averse las Le-
 tras expedido por los años, en que
 Capistrano dió principio à su predi-
 cacion, como se puede ver en nues-
 tro llustre Annalista al año de 1425.
 Qual, pues, seria yà la fama de este
 Varon Apostolico, à quien así se
 fiaban, como Siervo fiel, y prudente,
 los tesoros de la Iglesia en los años
 primeros de sus servicios!

No hallaron menor aceptacion
 en los Principes Seculares su eminente
 sabiduria, y Apostolico zelo, segun
 se dexa ver en el caso siguiente. Du-
 dabase, no sin grave fundamento, el
 valor del Matrimonio, celebrado con
 escrituras publicas, entre Francisco
 Esforcia, y Doña Blanca, Hija del Du-
 que de Milán. Avia consultado sobre
 este punto Nicolao Duque de Ferrar-
 ra, à cien hombres eminentísimos en
 ambos Derechos; y todos vniformes
 resolvan la nulidad del Matrimonio.
 Como la materia era tan ardua, no
 quiso este Principe tomar resolucion
 en ella, hasta saber el sentir de Capis-

trano, de cuyo zelo fiaba diria su dica-
 tamen, desnudo de aquellos colorí-
 dos, con que el temor, el interés, y la
 lisonja suelen ocultar, ó desaparecer el
 semblante de la verdad. Hizose ca-
 paz el Santo de la materia con madu-
 ra reflexion: pesò con profundo ju-
 cio los fundamentos del contrario
 sentir; y viendolos sin bastante firme-
 za, sentò su conclusion por el valor
 del Matrimonio. Apoyòle con tan
 sólidas razones, y satisizo los argu-
 mentos contrarios con soluciones tan
 claras, que el Duque quedò llena-
 mente satisfecho, y del todo conven-
 cido; haziendo para su juicio mas pe-
 so la pluma de Capistrano sola, que
 todas las de cien Doctores tan emi-
 nentes.

CAPITULO XII.

ES INSTITUIDO SAN JUAN DE
Capistrano Inquisidor General: Persegue
la Secta de los Hereges Fratricelos: Predi-
ca en Napoles contra los Hebreos Vstran-
rios; y en vna, y otra faccion re-
duce muchos mi-
llares.

EN el mismo tiempo, que S. Juan
 de Capistrano comenzó à der-
 ramar por Italia el grano saludable
 de la palabra Divina, brotaba con mas
 fuerza la zizaña venenosa, que sobre-
 sembraban los Hereges Fratricelos,
 enemigos declarados de la Santa Igle-
 sia, y de la autoridad Pontificia. Los
 Summos Pontifices de aquellos tiem-
 pos pasieron todo el conato de su
 zelo, y fuerças de su autoridad en su-
 primir, y arrancar del todo semilla
 tan perniciosa: pero con poco, ó nin-
 gun efecto; porque sucedia con estos
 monstruos, lo que con la otra fabulosa
 Hydra, que en cortando alguna de
 sus cabezas, brotaban multiplicadas
 otras. Yà llegó à tanto el numero, y
 auda-

audacia de los Hereges, que se apo-
 deraron de muchas Fortalezas, y Cas-
 tillos, de los quales no era fácil delat-
 arlos, sino juntandò vn Exercito
 numerofo. No cedió, empero, por
 esto el ardiente zelo de Martino V.
 que à la fazon tenia el Cetro de la
 Iglesia; y noticioso por las voces de la
 fama de la eminente sabiduria, y ani-
 mosidad intrépida del nuevo Predi-
 cador de Italia, Capistrano; le eligió
 su Comisario Apostolico, y Inquisi-
 dor contra Secta tan abominable.

La Bula, en que se le concede esta
 facultad, se puede ver en nuestro
 Wadingo al año de 1426. El mismo
 empleo confirmaron despues Euge-
 nio IV. Nicolao V. y Calixto III. y le
 ampliaron, instituyendo al Santo In-
 quisidor General en todo el Orbe
 Christiano, contra qualesquiera He-
 reges, è Infieles: concediendole jun-
 tamente especialísimos Privilegios,
 con bien ponderadas recomendacio-
 nes à los Principes Catholicos, para
 que le auxiliassen en sus fantasm-
 pressas. Así lo hizieron, segun irá
 constando de los admirables sucesos
 de su Vida.

Luègo que este nuevo Campeon
 de la Fè recibió el Orden del Summo
 Pontífice, se partió en alas de su zelo à
 la Marca de Ancona, y Romania, don-
 de estaba mas pujante el partido de
 los Sectarios. Començò à entablar
 entre estos con summa prudencia los
 medios mas conducentes al fin de su
 reduccion; no espantandolos desde
 luego con el estrepito del castigo, sino
 atrayendolos suavemente con los
 alhagos de la benignidad. Estrechòse
 à privadas conferencias, y disputas,
 con los, que eran capaces de ellas; y
 predicaba à todos con imponderable
 eficacia, dandoles con la luz de la
 verdad en los ojos. Concluia regular-
 mente sus Sermones, ofreciendo de
 parte de la Santa Iglesia el perdón, y

benignidad à los, que reconocidos de
 sus errores abandonasen el partido
 de las tinieblas; y amenazando casti-
 gos irremisibles à los que obstinados
 mantuviesen la rebelia.

En estas exortaciones, mezcladas
 de amenazas, perseverò algun tiem-
 po, dando à entender fe alegrìa su
 zelo si la repeticion del amago escu-
 sasse en los reos la execucion san-
 grienta del golpe. Predicaba oportu-
 na, importunamente, segun el consejo
 del Apostol, arguyendo en toda doc-
 trina, rogando en toda paciencia, y
 reprehendiendo con entera libertad
 de espíritu. Fuè tanto el fruto, que
 hizo por estos medfos; que algunos
 Autores dicen aver convertido en
 vno solo de sus Sermones dozè mil
 Hereges. Però la exorbitancia del
 numero, y el silencio de nuestro Ilus-
 trísimò Annalista, que escribió con
 especial empeño quanto pudo ceder
 en gloria del Siervo de Dios; me mo-
 tiva à tener por sospechosa esta noti-
 cia. No niego las eficacias de la gra-
 cia, experimentadas en el primer Ser-
 mon de San Pedro; ni Ighòrò, que
 del B. Francisco Solano, Nuevo Apof-
 tol de las Indias, y de algunos otros;
 se cuentan semejantes prodigios; pe-
 rò no tengo aquel apoyo sólido, que
 yo quisiera, para dar por sentada, no-
 ticia de tanta monta. Lo cierto es que
 fueron muchos los Hereges; que ce-
 dieron su obstinacion à la valentia del
 zelo, con que el Santo les predicaba:
 y que en otra ocasion en la Hungria
 reduxo onze mil Cismaticos al gremio
 de la Iglesia, en el termino de so-
 los tres meses, como mas largamente
 referirè à su tiempo; pero en la oca-
 sion, de que voy hablando, fueron
 tambien muchos los que se mantu-
 vieron contumazes.

Estos maquinaron varias trazas,
 para quitar al Santo Inquisidor ale-
 vosamente la vida: mas la proteccion
 del

del Altísimo (contra cuyo poder, como dize Job, no prevalece el conijejo de la humana astucia) desarmò todos los lazos, y librò à su Siervo, à pesar de la heretica obstinacion. Experimentando, empero, que la dureza de los Protervos, ni cedia à las luzes de la verdad, ni se obligaba de las blanduras del ruego, ni temia el rigor de las amenazas: juzgò ser ya tiempo, que el zelo del honor de Dios desnudasse la espada de la Justicia, y embrazasse el escudo inexpugnable de la equidad, para hazer la justa vengança de sus enemigos.

Reconvinoles con el último aviso, à fin de que ni à su piedad quedasse el menor escrúpulo, ni à la obstinacion de los rebeldes el mas leve requisito de disculpa. Dixoles: *Sabed, que si no respondeis con la exmienda à la benignidad, con que os combido, vendrà sobre vosotros sin remision el castigo, que os amenazo.* Así fucedió; porque los infelizes, cerrando sus orejas, como Aspides fordos, y obstinados, despreciaron igualmente ruegos, y amenazas, quedandose inflexibles en su protervidad. Justificòles la causa con todas las solemnidades del Derecho el

*Res autem, et
vitijsa Prae-
trivellorum
Hereticorum
lata, ubi con-
veniebant, in
Piceno, atque
Campania co-
bulsi. Giro-
lam. Plato,
lib. 2. de Sa-
ra Religiof.
cap. 30. Vva-
ding. de Scrip-
toib. Ordin.
verbo Ioan.*

*Itaque In-
nocentius est
eorum am-
plius in Calo.
Apoc. 12. v.
8.*

integerrimo Inquisidor; y soltando todo el represado torrente de su indignacion Apostolica, celebrò Auto de Fè, en el qual entregò los pertinazes reos al Brazo Seglar, para que como manojos de reprobos zizaña fuesen arrojados vivos à las llamas; puesto que tan infame vida no era digna de menos formidable muerte. No satisfecho su Catholico ardimiento con demonstracion tan terrible, mandò reducir à cenizas ochenta y seis Pueblos, donde se hazian fuertes, y se juntaban à sus abominables Conventiculos estos infelizes. Juzgò su zelo, que debia proceder así con animos tan rebeldes; para que al modo que en el Cielo no fuè hallado mas el lu-

gar de los Apostatas Angeles; luego que cayeron en las llamas del Abyssino: así no quedasse rastro de tan mala raza, despues de exterminados con castigo tan exemplar.

El estrepito de él llenò de horror, y confusion al insolente orgullo de los Hereges de las vezinas Provincias; y retirandose fugitivos à otras partes remotas, dexaron libre, y limpia de tan pestilente raza la Marca de Ancona, y Romania. Rico el Santo, y cargado con los despojos de su victoria, los ofreció à los pies del Summo Pontifice; que le recibió en sus brazos con incomparable agrado, colmandole de bendiciones Apostolicas. Esta fuè la primera hazaña de las muchas, que hizo Capistrano en defensa, y obsequio de la Santa Fè, acabando felizmente en pocos meses, lo que en muchos años no pudieron conseguir poderosos Principes, ni aun con toda la fuerza de las Armas. Pero quando el poder de Dios se declara à favor de sus criaturas, fuele ser la improporcion del instrumento la que mas conduce, para el logro de gloriosas empresas.

Tiempos despues; bolvieron à difundir su veneno los pocos Fraticelos, que avian quedado fugitivos: contra los quales por tres vezes salió Capistrano à la palestra, hasta que finalmente los deshizo, y destruyó del todo, dexando limpio de tan maldita semilla el campo de la Iglesia Santa. Yá quiso Bzobio, con ninguno, ò levíssimo fundamento, quitar de las sienas de nuestro Santo los Laureles de este Triunfo, y darselo todo à su esclarecida Religion; como si à esta no la sobrasen Palmas, y Laureles con que texer à sus sienas inmortales Coronas. Los testimonios, que contestan la narracion, que acabo de escrivar, à favor de nuestro Santo, son tan irrefragables, que no dexan, ni aun leve

mo:

motivo à la duda; y quando el cristal de la verdad es de esta condicion, mas se empaña, que purifica, trayendole entre las manos, con el motivo de su mayor claridad. Lea el curioso à nuestro grande Analista en el lugar, que cito à la margen, donde con solo abrir los ojos sencillamente, hallará mas que satisfecho en esta materia qualquier escrúpulo.

No bien enjuto en la frente de Capistrano el sudor, con que avia regado la palma de su triunfo, contra los Hereges Fraticelos, se hallò empeñado en otra empresa, no menos difícil, à instancias de la Reyna de Napoles, Doña Juana, viuda de Ladislao, de quien el Santo en el estado Secular avia sido Ministro fidelissimo, como diximos arriba. Hallabase el coraçon de esta piadosa Señora traspallado de pena, viendo à sus ojos el insolente deteacar con que los perdidos Hebreos, practicando el iniquo abuso de las vsuras, tenian afeada la hermosura de las Christianas costumbres de su Reyno, y rotos todos los Fueros de la Justicia. Pareció à la Reyna, y parecióle bien, que solo el zelo de Capistrano podria tener à raya tan desbordado vicio; y aplicar el conveniente remedio con los cauterios del rigor à tan envejecida llaga de codicia, è interés: por cuya causa repetia sus instancias al Santo, para que no dilatasse el viage. Estimulado Capistrano, y aunmas de los fervores de su caridad, que de las instancias de la Reyna, apresurò sus jornadas, y llegó à Napoles, donde fuè recibido de esta piadosa Señora con singulares demostraciones de veneracion, y cariño; porque le amaba tiernamente como à Vassallo, y le veneraba como à Varon Santo, embiado de Dios para bien de todo el mundo.

Empezò à predicar con singular espíritu, y eficacia contra las vsuras; y à buelta de la reprehension de este

pecado; disparaba tambien los tiros de su sabiduria contra la pertinaz infidelidad, y obcecados errores del Judaismo. En esta miserable gente, la hydropeja de la codicia, que les arrastra à las vsuras; es achaque tan incurable, como la ceguera de sus errores, que les endurece en la obstinacion: y siendo esto así, furtieron los Sermones de Capistrano tan feliz efecto, que muchos de los Hebreos restituyeron los bienes adquiridos illicitamente; y alumbrados con las verdades de nuestra Santa Fè, se incorporaron en el gremio de la Iglesia, con grandes creditos, y aplausos del zelo, y sabiduria del Predicador.

CAPITULO XIV.

GLORIOSO TRIUNFO, QUE CONSIGVIÒ San Juan de Capistrano en defensa de su Maestro San Bernardino, con crecida gloria del Dulcissimo Nombre de Jesus, terror de los demonios, y confusion de sus Emulos.

Los que en sus operaciones caminaban derechamente à Dios; bulcando en todas las cosas su gloria; aunque varien de rumbo, nunca mudan de intento: porque llevando por norte la voluntad Divina, sin perderla de vista vn punto; por qualquiera parte que tomen la derrota, se conducirán al Puerto con felicidad. El impetu del espíritu, con que zelaba Capistrano la mayor gloria de Dios, le sacò de Roma para Napoles; y este mismo zelo, y espíritu, le buelve à sacar de Napoles para Roma. Hizo alli guerra ofensiva à los vicios, hasta que en Roma le necesitò, como Auxiliar; la innocencia. Variò los medios, no el fin: gyrò en círculo, para caminar derecho: y la gloria de Dios, que fuè à buscar desde Roma à Napoles, predicando contra el pecado, hallò en la misma Roma; bolviendose à ella para la defensa de su glorioso Maestro S. Bernardino.

D

Con

Tom. 5. ad
an. 1449.
num. 10.

Part. V.

Con las manos, pues, en la importante labor de la extirpacion de los vicios, cogió à Capistrano en Napoles la no prevenida noticia, de que su Santo Maestro se hallaba en Roma, acusado de la emulacion ante Martino V. aviendole acriminado, como delito de Idolatria, exponer el Dulcísimo Nombre de JESVS à la publica adoracion. Hirió esta noticia muy de lleno en lo mas vivo del Alma del Santo Capistrano; porque concurrían muchas causas eslabonadas para su justificado sentimiento. Conocía, que si la malicia quedaba triunfante, atropellando los fueros de la verdad, perdía el Santo Nombre de JESVS las veneraciones publicas; su Maestro la buena opinion; la innocencia, sus candores; la razón, su fuerza; y que cobrandola mayor la emulacion, fomentaría el demonio con insolente orgullo el partido del vicio, no sin mucho detrimento, y vltimo de la virtud. Fuera de esto, se hacia cargo, de que por Hermano en el Instituto; por Compañero en la predicacion; por Discipulo en la doctrina; y por Hijo en el espíritu, se hallaba particular, y estrechamente obligado à poner los vltimos esfuerzos en la defensa de S. Bernardino; y dexandose llevar de la cadena de tantas obligaciones, algo mano de la labor, à que en Napoles avia dado principio con efectos tan felices.

Salió de este Reyno, y tomando su viage à Roma por la Ciudad de Aquila, no quiso que estuviesen vn punto ociosos los fervores de su zelo; en cuya consecuencia determinò predicar las alabanzas del Santísimo Nombre de JESVS. A este fin mandò hazer vna Vandera, fixando en ella por Emprefa, las Letras de este Dulcísimo Nombre, formadas en campo de Sol, y orladas con rayos de luz. Con la Vandera enarbolada fallò del Convento de Aquila, combidando à oír las Divinas

alabanzas à todos los Moradores: que llevados de la novedad, en concurso numerosísimo le seguían. Parò en las llanuras de vn anchuroso campo, donde puesto en lugar eminente, diò principio al Sermón con la Vandera en la mano. Despues de captada la benevolencia, y atencion de los oyentes, que pendientes de su boca le atendían; se engolfó en el inmenso pielago de los Mysterios, y grandezas del Nombre de JESVS, tan Santo como terrible. Entre los lugares de la Escritura, que explicó en apoyo de este Assumpto, fué vno aquel celebre Texto del Apostol: *In Nomine Iesu omne genuflectatur: Caelestium, Terrestrium, & Infernorum: Adorari, doblando la rodilla, al Nombre de JESUS, el Cielo, la Tierra y el Infierno.* Con la ponderacion de estas palabras, se engolfó, y encendió tanto en el zelo de la veneracion y gloria de tan Santísimo Nombre, que arrebatado de vn extraordinarísimo movimiento del espíritu, dixo en imperiosa voz: y para que sean vuestros ojos testigos de mis verdades: *Venid, demonios, venid; y pesar de vuestro corage, doblad la cerviz indomita de baxo de mi pie, adorando el Santo, y terrible Nombre de JESUS; y de quantas vezes persuadis à los mortales con vuestras sugesiones su desprecio, enseñadles agora con vuestro rendimiento su veneracion.* No hubo distancia entre el imperio del Santo, y la obediencia del Abysmo: porque abriendo este instantaneamente su dilatada boca, vomitó demonios innumerables, que aparecieron encadenados à los pies del Santo, à vista de todo el concurso, en figuras horribles de Lobos, Tigres, Leones, Toros, Dragones, y Serpientes. Lidian do todos entre si con saña rabiosa, y espantosos silvos, y ahullidos, se poltraban por el suelo, protestando el triunfo de Capistrano en la adoracion, y rendimiento del Dulcísimo Nombre de JESVS.

Con

Con espectáculo tan formidable à los ojos, quedò todo el Auditorio aronito, y poseído de vn horror assombroso, que por largo tiempo les embargò las voces. Pero desaparecidos los demonios, y desatados del pasmo los circunstantes, rompieron estos el silencio en aclamaciones publicas del Dulcísimo Nombre de JESVS; y en admiraciones del zelo, y fè del Predicador. Este, sin salir del conocimiento de su nada, se llenó de Jubilo, y alegria; viendo que con el magnificaban; y exultaban sus oyentes el Santo Nombre de Dios, dandole la gloria de tan estupendo prodigio. Alentado con el como con evidente pronóstico, y preludio de su victoria, prosiguió la marcha a la Santa Ciudad, enarbolada siempre la Vandera. Siguiéronle muchos de los Moradores de Aquila: vnos, porque arrebatados dulcemente de los poderosos atractivos de su virtud, no labian apartarse del: otros, porque noticiosos del motivo de su viage, no quisieron privarse del gusto de hallarse en el congreso.

Prosiguiendo el Santo su jornada con toda la Comitiva, llegó finalmente à las puertas de Roma el mismo día señalado del Pontifice, para que en su presencia, y de los Cardenales se contrvirtiese la Adoracion publica del Dulcísimo Nombre de JESVS; defendiendola S. Bernardino de Sena. Luego que Capistrano entrò por las puertas de la Ciudad, tremolò nuevamente la Vandera con alentado fervor de espíritu, y capitaneando al piadoso Exercito que le seguia desde Aquila, levantò la voz, y empezó à cantar Hymnos, y alabanzas del Dulcísimo Nombre de JESVS. Al compàs del Santo proseguia la turba; y continuando en esta forma el camino por las calles de Roma, commovieron en breve tiempo la mayor parte de aquella populosa Ciudad en sequito de Capis-

trano; y aclamando con extraño jubilo, y alborozo el Santísimo Nombre de JESVS, se conduxeron todos al Vaticano: antes, que se diese principio a la disputa. Hizo notable impresion en el coraçon del Summo Pontifice; así la resolucion extraordinaria de Capistrano, de cuyo singular espíritu, zelo, prudencia, y sabiduria tenia largas experiencias; como la commocion vniversal de la Plebe, que en alborozadas aclamaciones al Dulcísimo Nombre de JESVS, cantaba la victoria aun antes de la batalla. Por esta novedad el Pontifice determinò dos cosas: vna, que la controversia se disriese hasta dos dias despues; otra, que Capistrano pudiesse abogar, y perorar en favor de la causa de S. Bernardino;

CAPITULO XV.
PROSIGVE LA MATERIA DEL
Capitulo pasado.

Silla malicia de la emulacion no tuviera tanto de ciega, como de obstinada, pudiera aver abandonado la empresa, à vista de tales preludios de la victoria de su Competidor; y hacerse gloriosa en su mismo vencimiento, rindiendo voluntaria las armas del engaño à los pies de la verdad. Però no fué así; porque obstinandose mas en su empeño, los dos dias prerrogados para el Congreso; reunió todas las fuerzas imaginables, reconcentrandose en sus conatos; armandose de nuevas cabilaciones, y recogiendo de las Eserituras, Concilios, y Santos Padres, todos los lugares, que torcidos con sinietras explicaciones, y tirados violentamente azia sus intentos, pudieran tener contra la verdad algunas apariencias. Bolvieronse à ver en Roma en esta ocasion aquellos infelices Sabios, que dexò más que señalados con negra tinta el P. S. Bernardo en los libros de *Consideratione ad Eugenium*: sin acabar de admirar el Santo hallaf-

D 2 ien

Daprista Barber. cap. 7. fol. 38.

Aquila in Vestibus dignis ostendebat laudibus IESVS Santissimum Nomen: et quae citra viginti millium hominum caetus videret, quam potens, et efficax esset contra malignos spiritus; in praedicti nominis virtute praecipit, ut ad esset, et contra omnes Divinus interbit in tabella depictum adorarent. Ecce in actu vultu vultu formis bestiarum apparuerunt: formae, et videntes demonum innueneri, inclinat aquae cervicis facta recurrebat vultu nuerunt. Vvading. tom. 6. ad an. 1456. num. 102.

Vvading. tom. 5. ad an. 1427. num. 2.

D. Bernard.
lib. 1. circa
finem.

sen audiencia en la Curia Sujeros de tal jacz. *Hombres* (dize) *fabios solo para saber hazer mal; eloquentes, para impugnar lo verdadero; diestros, para la injusticia; eruditos, contra la innocencia; cuyas disputas esconden la verdad entre los amagos de las palabras, y gastan todo el caudal de su eloquencia, y erudicion, en vestir con luzes, y coloridos de verdades a las mentiras, hasta hazerlas creibles en notorio perjuicio y detrimento de la justicia, y de la innocencia.* Por el opuesto, Bernardino, y Capistrano recurrieron al propiciatorio de la Oracion, donde se oyen los infalibles Oraculos de la verdad sencilla. Aqui derramaron sus corazones; humillaron sus Almas, y levantaron sus ojos al Monte de la Divina Misericordia, en quien, y de quien esperaban alentadamente el auxilio contra los enemigos del Santo Nombre de JESVS en el tiempo de la tribulacion.

Llegò el dia aplazado, y se juntò en la Iglesia de S. Pedro vn Teatro el mas grave del mundo. Componiase de los primeros, y mas eminentes hombres en letras de toda la Europa; y del Consistorio pleno de los Cardenales, presidiendo à todos la Suprema Cabeza de la Iglesia, à vista de innumerable Concurso, que avia traído la novedad. Aparecieron en medio de la Paleta, defarmados de todo, sino de zelo, sabiduria, y modestia, los dos mantenedores Bernardino, y Capistrano; este como Auxiliar, y aquel como Antagonista. Tomaron todos sus asientos; y considerando con summa prudencia el Pontifice, que si se daba lugar à la disputa en el rigor formal de los sylogismos, podria suceder (como no pocas vezes en las Escuelas) perderse la verdad, y el tiempo entre el polvo, y estruendo de las voces, desviandose los argumentos del intento principal; determinò, que se propusiesen en materia, tocando solo, y precisamente el nervio de la dificultad con

toda la concision posible. Por este medio se diò lugar à formar ochenta y siete argumentos, deducidos de la Sagrada Escritura, Concilios, y Santos Padres. Hecho cargo de todos ellos San Bernardino con puntual fidelidad, y profunda comprehension, començò à defatarlos sucesivamente, segun el orden mismo; con que los avian propuesto. Viendo el Pontifice la solidèz de razones, la copia de erudicion, y la genuina explicacion de Padres, Concilios, y Escrituras, con que Bernardino iba deshaziendo los nudos de los argumentos; y que sus palabras, como rayos de luz, desvanecian las tinieblas del engaño; dandose por satisfecho, mandò cesar à Bernardino, para dexar campo, y tiempo, en que se explayasse la eloquencia, y erudicion de Capistrano. Tomò este vènia; y al modo de vn caudaloso represado Rio, quando de se le dà vertiente, soltò todo el raudal de su celestial sabiduria, con tan valeroso espiritu, y zelo de la gloria de Dios, que palmado todo el Auditorio en vn profundo silencio, le atendieron inmobiles, hasta que acabò de perorar sobre cada vno de los ochenta y siete argumentos; confutando los con nuevas razones, y poderosas invectivas, hasta sacar limpia de toda sospecha, y censura, la fama de su Santo Maestro, y la opinion, que predicaba en gloria, y veneracion del Dulcissimo Nombre de JESVS.

Concluida la declamacion, cantaron los Emulos la Palinodia, y postrados à los pies del Supremo Padre de la Iglesia, pidieron perdon de sus errores. Despues, en protesta de su arrepentimiento, dieron los brazos à Bernardino, y à Capistrano, à vista de todo el Concurso: accion, q̄ empenò en mayor ternura los corazones de todos; sin dexar las aclamaciones de los dos Mantenedores Santos, ni las del Nombre Santissimo. Pero Bernardino, y

Ca-

Capistrano, en cuyos corazones vivian muy de asiento las dulçuras de la Caridad, viendo ya à los emulos humillados, convencidos, y confusos; los recibieron en sus brazos, tratandolos con afectuosas, y politicas demostraciones de Amigos; y Compañeros. Y era preciso suceder así, siendo la Caridad virtud tan benigna, como bizarra; que no sabe enfangrentarse en el rendido, aun quando este ha solicitado su ruina con las maquinias de la emulacion: antes compadecida, le alivia, le levanta, y le consuela; y añade à su propio triunfo doblados laureles con magnanimidad rã Christiana. El odio si, que no sabe de estas santissimas bizarrías; porque Antipoda de la Caridad; es passion tan ruin, como bruta; que cebada en las mismas heridas de los caidos, ni oye sus gritos, ni se dà por satisfecha, hasta quedar saciada, bebiendoles la sangre toda. Bien lexos; pues, de tan ruin vileza vivian nuestros Santos Vencedores; porque ajustados, y medidos al coraçon de Dios, no sabian aborrecer en sus emulos, sino la culpa, y eran todos Caridad, para amar las personas; disimulando; y perdonando agravios, y calumnias.

Passaba todo à vista del Summo Pontifice, que interessado como Padre univèrsal en la paz, y vnion de sus Hijos, daba à Dios las gracias de que en tanto credito de sus Siervos, y gloria de su Santissimo Nombre, huviesse serenado vna borrasca, que con el estruendo de los escandalos llegò à poner en cuidado à la Nave de la Santa Iglesia. Diò à todos su bendicion; pero à San Bernardino en particular despique de los agravios padecidos; concediò ampla facultad, para que así el, como todos los Frayles Menores, predicassen francamente por todo el mundo las Glorias del Dulcissimo Nombre de JESVS, exponien-

Parte V.

dole en Targetas à las adoraciones publicas.

Esta victòria, gloriosissima entre las muchas, que en los passados siglos conglugeron las Almas de la Religion Seraphica, diò principio à la especial devocion, y singularidad; con que sus Hijos se han esmerado en los cultos, y aclamaciones del Nombre Dulcissimo de JESVS. Por esta causa casi todos los Conventos fundados en aquellos tiempos, se erigian con el Titulo de JESVS, derramandò sobre ellos; como sobre la piedra de Jacob; el azeyte de este suavissimo Nombre; à fin de que en cada vno quedasse à la posteridad vn monumento perpetuo del amor, y zelo invencible, con que siempre le han venerado, y defendido nuestros coraçones. De aqui tuvo tambien origen aquella voz comun de los Pueblos; con que haziendo vn como parentesis en el primitivo, y solar renombre de Frayles Menores, nos llamaron los Frayles de JESVS, ò los JESVATOS: Titulo; que como escrito, y adquirido con sangre del Alma, jamás permitira nuestra Familia, que, ò le borre el tiempo, ò le obscurezca la emulacion.

No bien satisfecha la piedad de Martino V. con las demostraciones referidas, mandò, que el siguiente dia se hiziesse Proçesion solemne por las calles de Roma, llevando en triunfo el Estandarte, ò Vandera, con que San Juan de Capistrano avia entrado en aquella Santa Ciudad; donde quedò tan introducida la devocion al Santissimo Nombre de JESVS, que no avia Templo, ni casa, en que no se viesse escrito con hermosos caracteres. Mandò finalmente el Pontifice à San Bernardino, que se detuviesse en Roma, y predicasse en sus mas celebres Templos, como lo hizo por termino de ochenta dias, con ad-

D 3

mi-

Verdading
ubi supra
num. 39

miracion; júbilo, provecho, y aplauso de sus Auditorios. Esta feliz conclusion tuvo la tragedia de San Bernardino; aviendo en ella Capistrano campeado tan ayrosamente, que desempeñó de vna vez obligaciones de Hijo, Amigo, y Hermano, quedando superior à todo lo que, ò doctas Fabulas, ò Historias antiguas nos tienen encarecido de Hercules, y Theseo. En fin, hizo parentes al mundo las verdades de aquellos Divinos Oraculos: *Que el Hijo, sabio es la gloria de su Padre: el Amigo fiel, proteccion fuerte; y que unido el Hermano al Hermano con la cadena de oro de la Caridad, hallan vno, y otro en sus empresas el fruto, y emolumento de la concordia, haciendose impetrables à los tiros de la malicia.*

CAPITULO XVI.

TRABAJA SIVAN DE CAPISTRANO con infatigable zelo por el aumento de la nueva Familia de la Observancia: Desfendela en Roma de vna gravissima persecucion de sus Emulos; de que sale victorioso con mayores creditos de sus virtudes.

LA Soberana Bondad de Dios, que se digna tener sus delicias con los hijos de los hombres, parece se complacia en los triunfos de Capistrano; y à este fin le ponía en nuevos empeños, para que sin intermision alguna campeassen sus ventajosas prendas de sabiduria, y zelo, en credito de este fiel Siervo, y no sin gloria del mismo Señor. Sobresalia muy poco en los tiempos de Capistrano la nueva planta de la Regular Observancia de N.P.S.Francisco; porque sus Profesores, sobre ser muy pocos en numero, nada mas deseaban que el olvido, y verdadero menosprecio del mundo: en cuya consecuencia vivian muy dados à la sole-

dad en el retiro de sus Conventos; que por la mayor parte estaban fuera de poblados. A éstos solamente salian los Limosneros para las precitas limosnas; siendo en todos el principal asumpto de su vida resucitar, y renovar con los exercicios de mortificacion; pobreza, y humildad aquel dorado siglo, que gozó nuestra Religion en vida del Serafico Patriarcha.

Pero como siempre en la verdadera virtud se ha tocado por experiencia la hermosa implicacion, de ser los conatos de ocultarse, medios, para descubrirse; sucedió, que el mismo retiro, y summa pobreza, en que vivian los Religiosos, llamó las atenciones de los Pueblos, y empezaron à tratar à los Observantes con aquellas estimaciones, que fatigan à la verdadera humildad, y porque se fatigan tanto la soberbia, y la ambicion. Estas, que miraban ya con ojeriza, y como por injuria propia el aplauso, y veneracion de los Pueblos à la Observancia, se aplicaron à maquinár cabilaciones, para derribarla del alto concepto, y subida estimacion, en que la tenian. No faltó sujeto de gran autoridad, y ciencia, que apoyasse el intento de la emulacion, dando à sus cabilaciones mil coloridos de zelo santo, y vistiendo à la mentira con todos los adornos de la verdad. Llegó à tanto en este hombre el encono de la malicia, y el deslumbramiento de la passion, que prorumpió en delatar en forma ante Martino V. à los Observantes, imponiendoles la infame nota de occultos Hereges.

No dió total assenso el Pontifice à delacion en materia tan grave, y en que precisamente avia de ser comprehendido Capistrano, de cuya virtud, y sabiduria tenia repetidas experiencias. Pero como la acusacion tocaba en puntos de Fè, y el Delator era sujeto de autoridad, y estimacion en to-

da

da Italia, determinò examinar la causa, para dár castigo à la culpa, ò satisfaccion à la innocencia. Con este intento mandò citar à Roma los Observantes Italianos, assignados por reclusion el Convento de N. P. S. Francisco *Transiberim*, entre tanto que se concluia el processo. Cogió desprevénidos à los Innocentes la noticia de tan sensible novedad; y aviendo todos juntado, para conferir sobre su resolucion, Capistrano algó la voz, y les habló en esta forma: Padres, y Hermanos míos carísimos, la pena, de que os miro poseidos; affige mi coraçon mas de lo que yo sabré dezir; y no dudo ser muy justificada, si se atiende la fragilidad de nuestra sensible naturaleza, apoyada con la fuerza de nuestra razon, y con el testimonio de nuestra innocencia. Mas esto mismo, en que se refuerça la affliccion, puede servirnos de gozo, y de consuelo; pues dandonos la conciencia por libres en su Tribunal, no conducirán à otra cosa los golpes de la malicia, que à labrar nuestra corona en el yunque del sufrimiento. Felizes nosotros, à quien Dios N. S. por medio de esta ocasion nos pone en el camino, que nos abrió con su exemplo, y siguieron sus Apostolunales, para testificar el Nombre de Jesus, sufriendo por su amor oprobrios, y calumnias. Lo que sabemos de cierto es, que nuestro Pastor, y Padre Martino V. nos llama; que debèmos obedecerle con la mayor puntualidad, como sus especiales, y más rendidos Hijos, segun nos intima nuestra Regla. Demos, pues, cumplimiento à su mandato, que es lo, que nos toca; y decimos francamente nuestra causa à cuenta de la Providencia Divina; pues de qualquiera manera que lo

disponga, siempre guiarà las cosas, al mayor interés de nuestras Almas. Mas porque pide la justitia, que respõdamos à los cargos, hechos en juicio; porque no apoye nuestro silencio las cabilaciones de la mentira, en manifesto perjuicio del honor de nuestra Familia: será conveniente, que de nosotros se elija vno, para responder en nombre de todos. Elegid el que à este fin parezca mas apropiado; que yo, por lo que à mí toca, facilmente me allanaré à qualquiera determinacion vuestra.

Con este razonamiento respiraron todos, y recobrados de su pena; de comun consentimiento, y con gozo universal dieron à Capistrano todas las voces, y vezes; para proceder en la defensa de la causa publica. Con esta prevencion, y arrojados en los brazos de la Providencia Divina, se encaminaron à la Santa Ciudad. Luego que el Papá tuvo aviso de su llegada, cometió el examen de la causa à tres Cardenales de toda su confidencia. Tantearon estos la materia; y de sus circunstancias juzgaron por conveniente carear las partes, reduciendo el punto à terminos de publica disputa. Señalaron día, y lugar para ella; y aviendo llegado el termino prefixo, entraron vnos, y otros en el Congresso ante los tres Juezes Delegados. Dió principio el Delator con aquella pomposa hinchazon; que es tan propio achaque de la ciencia vana; multiplicando palabras, formando argumentos, y exagerando razones, con tanta ponderacion, y tan prolixamente, que sin hazer pausa hablo por tres continuadas horas. Capistrano en todo este tiempo estuvo oyendole con admirable ferendidad, y paciencia; y quando llegó la ocasion de hablar, tomada la vènia à los Cardenales con modesto despejo, comen-

gò